

Hoy hablamos con

Federico Mayor Zaragoza



**Presidente de la Fundación
Cultura de Paz.**

**Director General de la
UNESCO desde 1990
hasta 2002.**

ENTREVISTA

ANPE: Usted es uno de los españoles que ha alcanzado mayor reconocimiento mundial, ¿qué niño, qué estudiante fue?

Yo creo que fui un niño muy normal, pero que vivía en un contexto inolvidable: el de una gran tensión cívica después de una guerra fratricida y de una guerra mundial. Recuerdo sobre todo de aquella época la enorme austeridad con la que se vivía, y recuerdo también aquellas bombas, inolvidables, que se quedaron clavadas en mi mente. Yo creo que de ahí viene *mi nunca* más a la violencia. Las heridas que se originan en una confrontación como ésta quedan para siempre, por eso tenemos que formar a los jóvenes en la paz y en la capacidad de comparación. Cuando se despierta un niño en España, está en un entorno de paz y de libertad, tiene agua... jagua caliente y fría!, cuando millones de personas en el mundo tienen que ir a buscarla y después a hervirla; tie-

nen luz, radio, música... Todas estas cosas en mi infancia eran casi una bendición. Poder comer quedaba casi sólo para los niños. Yo recuerdo lo delgada que estaba mi madre. Todas estas cosas las tenemos que saber. Hoy hablamos de nuevo de España rota... ¡Qué barbaridad! ¡Pues que no se vuelva a romper!

**¿Cuánto hay en su trayectoria vital de educación recibida y cuánto de esfuerzo y voluntad personales?
¿Hay algún maestro o profesor al que recuerde especialmente?**

Yo creo que a los maestros les tendríamos que hacer a diario un monumento en nuestra mente y en nuestro corazón. Ahora bien, no debemos permitir que se les trasladan responsabilidades: los máximos educadores son los padres, y muy especialmente la madre.

Yo recuerdo en primer lugar lo que influyeron en mí mi madre y mi padre, de un origen muy modesto, con ingresos moderados. Mi padre tuvo la idea de hacer por primera vez penicilina en España. Yo tuve el ejemplo del trabajo y de la imaginación de mi padre, y de su perseverancia: volver a insistir, volver a empezar, imaginar, inventar, nunca la rutina, pero a base de tesón. De mi madre esa visión que tienen casi todas las madres, esa adherencia a lo que es esencial en la vida. Cuando yo iba a ir a la Universidad, mi madre me dijo: *Hijo mío, si quieres ser feliz, no aceptes nunca lo que juzgues inaceptable*. Eso es lo que me ha dado la auténtica independencia, esa rebelión pacífica frente al dogmatismo y al fanatismo. En esto consiste la educación: en ser uno mismo, en la soberanía personal.

La mayor parte de mis maestros del colegio Blanquerna de Barcelona daban clase en castellano, aunque la prohibición de hablar catalán no hizo más que reforzarlo, porque era nuestra lengua materna. Aprendí idiomas desde muy pequeño, de manera intuitiva. Han tenido gran influencia en mí Vicens-Vives, que fue mi maestro; Francesc Gomá, mi profesor de Filosofía..., que me hizo adorarla. Yo he sido científico, pero siempre he buscado las explicaciones filosóficas, por la influencia de sus clases. Ramón Fusté, mi profesor de Latín, del que recuerdo el ejemplo... Fueron una influencia inmensa, que me ha perdurado toda la vida. Todavía vive D. Enric Badal, que me escribe aún con la misma fuerza. Después, en la Universidad, mi gran maestro fue el profesor Santos Ruiz, el gran bioquímico español.

Tiene que haber una complicidad entre la familia y los profesores porque la educación es un proyecto conjunto de la escuela, la familia y la sociedad. Y de la capacidad propia de hacerse preguntas, para lo que los libros son fundamentales.

Yo soy un gran partidario de las nuevas tecnologías de la comunicación, pero con cuidado porque nos podemos convertir en meros receptores de la información y podemos llegar a ser lo que los ingleses llaman gente dirigida por la pantalla. Debemos encontrar pausas para pensar porque educar es dirigir con sentido la propia vida. Y en este proceso es en el que todos nos debemos implicar.

“Para preparar la sociedad de mañana es preciso conocer la de hoy”. ¿Cómo es, en un panorama breve, la sociedad de hoy, en la que nuestros jóvenes están siendo educados?

La sociedad de hoy es muy valiosa, porque por primera vez puede ver el mundo como un ámbito global, pero sólo ve una parte muy pequeña, y el resto queda en la sombra. Hace años, la gente vivía siempre en su en-

torno; ahora los desplazamientos son increíbles. Las vacaciones de mis hijos eran cerca de Granada y las de mis nietos son en Costa Rica. Tenemos una cantidad de información extraordinaria pero sólo obtenemos de ella pequeños aspectos y todo lo demás, incluidas las causas de las acciones humanas, nos quedan ocultos. Cada vez nos vemos más pequeños y más parciales. Ha disminuido nuestra concentración. Y además, la política ha llevado a cabo algo intolerable: la solidaridad, la justicia, la igualdad, los grandes ideales, han abdicado ante la economía de mercado. Esto no deja espacio para la verdadera política, cuyo espacio lo ocupan las corporaciones multinacionales. Los grandes ideales, que iluminaban el camino, han desaparecido del horizonte de los jóvenes.

Creo que tenemos que volver a poner en un lugar alto los valores. Como decía Pessoa, podemos ver la luna hasta en una charca de agua recién llovida, porque siempre está alta. Los valores universales nos unen y son nuestra fuerza, y no podemos aceptar que nos dirijan los intereses a corto plazo que están ampliando cada vez más la brecha entre ricos y pobres. Ahora sería buen momento para que los grandes del mundo dijeran: no podemos sustituir valores por precios. Es de necio confundir valor y precio, lo decía ya Machado. Hay que mostrar a la gente joven la realidad del mundo, no las andanzas de tal o cual famoso. Porque hoy ellos pueden acceder a todo el mundo.

La convivencia en el aula es un factor de integración social de primer orden, pero muchos de nosotros trabajamos con mayoría de alumnos inmigrantes o en medio de grandes conflictos entre identidades culturales, nacionalidades y creencias. ¿Se está construyendo bien la sociedad intercultural? ¿Qué es y qué debería ser?

Estos flujos migratorios de gente desesperada son uno de los mayores problemas de hoy. Son personas que optan por venir a ganarse la vida, pero pueden optar por la violencia. Recuerdo que visité con Nelson Mandela un barrio de Johannesburgo, donde la UNESCO puso en marcha unas bibliotecas. Allí vi a hombres desesperados, que habían dicho ya basta. Y a mujeres que aún eran capaces de aguardar. Debo decir que creo firmemente en la fuerza de la mujer, que siempre ve la vida como un valor supremo. Me parece que la justicia, el compartir, deben guiar toda la integración.

Yo creo que España, precisamente gracias a los maestros y profesores, lo está haciendo muy bien. Y no puede ser de otra manera, en un país como el nuestro, hecho de muchos pueblos durante muchos siglos, en un proceso violento y sanguinario, pero que ha dado lugar

a una mezcla maravillosa, y en un país que ha tenido también que emigrar de los pueblos a las ciudades y a otros países, a realizar los trabajos que ahora los inmigrantes hacen aquí. No hay nada peor que la endogamia y el aislamiento. La asimilación pierde lo más rico, que es precisamente la diferencia. Yo era Ministro de Educación cuando comenzó a hablarse del velo, y dije: que cada uno vaya como quiera. Cuando hay que cumplir con lo obligatorio no caben los fundamentalismos, pero estos casos deben definirse con mesura. Nosotros sabemos integrar sin asimilar, porque no podemos pedirles que pierdan sus raíces para vivir aquí en tercera clase. Lo que debe hacer Europa es evitar en sus países de origen las causas de esta inmigración desesperada de los mejores.

Nos enfrentamos a retos nuevos. ¿Cómo debe ser un ciudadano de la sociedad globalizada? ¿En qué debemos hacer hincapié en nuestro trabajo en el aula?

Todos los días mueren sesenta mil personas de hambre. Eso está ocurriendo y se debe mostrar. Estamos viendo sólo una parte pequeña del mundo: el 20% que vive en el barrio próspero de la aldea global y que disfruta del 80% de los recursos. Nos quedan fuera los mil doscientos

millones de personas que viven con menos de un dólar al día. No hemos sido capaces de solucionar eso. La auténtica democracia se va a manifestar ahora, con las nuevas maneras de enviar la opinión. Internet está siendo y va a ser un cambio fantástico. La solución a estos retos la dio ya Roosevelt, al final de la Segunda Guerra Mundial, y es la idea que inspiró la creación de las Naciones Unidas, cuya Carta empieza diciendo: *Nosotros, los pueblos, hemos resuelto evitar la guerra para nuestros descendientes*. Construir la paz para las generaciones venideras: el sentimiento unánime de todos los maestros y profesores del mundo. Debemos enseñar ni más ni menos que los principios de la Declaración de los Derechos Humanos: la dignidad, la libertad y la tolerancia. Nosotros debemos dejar a las generaciones venideras unas hojas sin emborronar, en las que ellos puedan escribir el futuro.

Usted es un firme defensor de la Declaración del milenio de la ONU, que en su primer punto habla de valores y principios, ¿cuáles quedan en pie? ¿Sobre qué valores mínimos se podría edificar la convivencia?

La Declaración del milenio es el resultado de un esfuerzo de las Naciones Unidas que ha sabido mantener



alto ese papel testimonial de las Declaraciones Universales.

Los objetivos del milenio son una regla para facilitar la integración. Tener en cuenta estos objetivos es una referencia ética para nuestro tiempo, y un reto: el de erradicar la pobreza, la enfermedad, facilitar el desarrollo, la cancelación de las deudas... Y entre ellos está el diálogo entre las civilizaciones, que es a lo que me dedico ahora. Yo desearía que elimináramos del diccionario la palabra indiscutible: todo se puede discutir.

Todos somos iguales en dignidad, y todos debemos comportarnos como hermanos, es el artículo primero de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, y eso es lo que hay que enseñar.

¿Cómo enfocaría usted una auténtica educación para la ciudadanía?

Los ciudadanos de hoy viven en un mundo muy diferente al de hace veinte años. Como científico sé que la realidad no se modifica si no se la conoce. Para transformarla hay que saber qué subyace bajo la apariencia. Este conocimiento, el ver los invisibles, es a lo que nos deben ayudar los maestros. Esta es su responsabilidad. *Sólo en la medida en que conozcamos los invisibles seremos capaces de hacer los imposibles*, decía Bernard Lawn, premio Nobel de Medicina. La educación para la ciudadanía a sus distintos niveles -desde la apología de la amistad en los niños pequeños y el respeto a su fami-

lia, a las cuestiones más complejas que se abordan en la adolescencia, como la tolerancia, la vida intercultural, las diferentes creencias y religiones, y en los últimos cursos del Bachillerato el conocimiento de las leyes e instituciones internacionales, y de la Constitución Española - me parece importante, y es un aprendizaje que tienen muchos países. Además es compatible completamente con la enseñanza de la Religión. La Declaración de los Derechos del Niño consagra el derecho de los padres a educar a los hijos en sus propias creencias, ahí no se debe tolerar ninguna intromisión, pero la educación religiosa será más profunda cuanto más respetuosas sean las creencias propias con las de los demás.

Estamos en un periodo electoral, ¿qué papel representa hoy una organización como ANPE?

Las instituciones tienen que aconsejar al máximo nivel. Cuando se habla de educación, las asociaciones de maestros y profesores son las que sirven, las que deben ser escuchadas. Porque son las que saben. Hay que hacer caso de ellas. Tienen que tener la función de no callar, de no guardar silencio, de discutirlo todo. Y cumplir también una función de anticipación, de prever para evitar. No podemos hacer en cada momento lo que le parezca bien a los elementos externos a las cuestiones. Este papel preventivo de las grandes instituciones es fundamental, y su experiencia, la de ANPE, lo que los profesores saben sobre cómo enfocar los temas en los distintos niveles educativos, que es una riqueza fundamental, debe ser una fuente primordial de asesoramiento para los responsables educativos. Porque el poder de una institución así puede cambiar las cosas.

El Por-venir está por hacer. ¿Hay motivos para la esperanza? ¿Cuál será el futuro de la profesión docente?

Yo tengo esperanza. Aunque sintamos a la divinidad como a un hombre viejo con barba blanca, creo que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios porque es capaz de crear, de imaginar. Esto nos abre unas puertas de esperanza. Muchos imposibles hoy serán posibles mañana. Quién hubiera creído hace unos años que caería el *apartheid* o el *telón de acero*... Y es la capacidad creativa del hombre, la imaginación de Gorbachov o Mandela quien lo ha hecho posible.

Y los educadores tienen la tarea de decir a un niño: tú eres único y tienes la capacidad de crear. La solución del mañana no es la de ayer ni mañana haremos lo que se hacía en el pasado. **Romper la inercia es el gran reto de nuestro tiempo. Primero buscamos los caminos, y luego si no los encontramos, los inventamos, decía Aníbal. Y ahí siempre estaréis los profesores.**

